

Carlos Seura Salvo.

CHILENISMOS

¿Qué son chilenismos? Complejidad de este concepto

NO se puede dar una definición exacta y completa del vasto significado de chilenismos. Los autores que han estudiado esta materia la han tratado en diversos aspectos, pero todos ellos unilaterales y aunque se tomen en conjunto siempre restará mucho qué decir y agregar a la significación conceptual de chilenismos. Por lo tanto, las definiciones corrientes, al parecer, satisfactorias solamente son de síntesis vaga.

DIVERSAS ACEPCIONES DE CHILENISMOS

Ordinariamente se cree que chilenismos son voces o palabras originarias de Chile. Es decir, aquellas palabras creadas o formadas por la idiosincrasia de nuestra raza para expresión de sus ideas y sentimientos. Palabras típicas que llevan envueltas en sus pliegues jirones del alma nacional; quinta esencia del espíritu racial que nos distingue del resto de los pueblos de habla humana. Así parecen entenderlo autores como ECHEVERRÍA Y REYES quien en el prólogo de su obra *Voces Usadas en Chile*, página XVI, dice: «Chilenismos son voces que se usan pura y exclusivamente en este país».

En este mismo sentido los Diccionarios de la Real Academia y de Espasa definen los chilenismos diciendo, el primero, «vocablo, giro o modo de hablar propio de los chilenos»; y el segundo, «frases o modismos propios del lenguaje de los chilenos».

Es indudable que no puede adoptarse un criterio tan restringido del significado de chilenismos como el que expresan las definiciones anotadas. Desde luego, hay muchos estudios sobre esta materia a quienes nadie les ha negado su carácter nacional y que no consideran el aspecto contemplado en las definiciones a que se ha hecho referencia. Don MANUEL ANTONIO ROMÁN en el prólogo pág. VIII de su *Diccionario de Chilenismos*, dice: «Chilenismos que merecen defenderse son algunos que aunque tuvieron al principio un equivalente castizo, con el uso se han ido restringiendo a una acepción especial. Así por ejemplo, en quichua, la palabra huincha, significa cinta, pero todo chileno distingue entre ambos vocablos: huincha, es faja ordinaria como la de la montura de animales y cinta es la tela fina utilizada para adornos. China, en quichua, significa hembra, criada; para el chileno sobre todo para las empleadas es el mayor insulto que se les puede dirigir, pues, como se sabe aquí se le da la significación de mujer postiza o mujer de sucursal como diría Gorki.

MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI en su obra *Mis pasatiempos*, protestando contra la promiscuidad de significaciones que se dan a las palabras y que ocasionan no pocas veces confusiones poco gratas, anota como chilenismos las diversas significaciones que tienen entre nosotros palabras que figuran en el diccionario con sentido completamente distinto.

A propósito de esto, recuerdo un incidente casero del que fuí testigo presencial. Elogiando un español, que hacía poco había llegado de su país, la buena comida servida en una fiesta de familia le dijo a la dueña

de casa: debo, señora confirmar en Ud. lo que se me ha dicho de las chilenas que son muy «*mañosas*» para las comidas. Hubo necesidad de intervenir para calmar las agresividades de la señora que reveló ser de «malas pulgas», usando de un chilenismo. Como es sabido entre nosotros la palabra «mañoso» significa o ladrón o glotón cuando se trata de comestibles.

El diccionario trae este significado: diestro, hábil, el mismo que el flamante español quiso darle en su cumplido mal interpretado por la diversidad de sentido que tienen las palabras de un pueblo a otro. Muy curioso es también el caso que cita Amunátegui Reyes en la obra antes nombrada, pág. 5; un señor escribió a un amigo suyo desde Roma, refiriéndole que había besado la «*mula de Su Santidad*». La noticia pareció algo extraña, y dió origen a picantes comentarios, pues los que leyeron la carta con malicia o sin ella no se fijaron en el sentido que también da el diccionario a la palabra mula, calzado del Papa, sino en el exclusivo sentido que tiene en Chile, de animal híbrido.

A la palabra «carretilla» se le da aquí el significado de «mandíbula» como en este caso usado con mucha frecuencia: el dentista le sacó la muela con un pedazo de carretilla. El diccionario da sólo estas dos significaciones: instrumento de madera para enseñar a andar a los niños y carro pequeño de mano con una rueda en la parte anterior y dos varas atrás. Estos dos sentidos también los conoce nuestro pueblo y tanto, que quien los oiga, por una especie de asociación de ideas, recordará el rancho de una pobre familia donde la abuelita con el grupo de nietecitos celebran las gracias del nene que hace sus primeros ensayos en la carretilla, mientras pende sobre su cabeza como una espada de Damocles, ese cajón elevado sostenido con cordeles de una viga del techo, la cuna de los niños pobres; recordará también a nuestro obre-

ro con una cota de saco y pantalones arremangados hasta las rodillas o acarreando piedras para levantar una pirca o acarreando tierra para la corta de adobes,

La palabra «ñato» significa entre nosotros una persona de narices cortas, aplastadas como la montura antigua de nuestros antiguos pacos; esta palabra tiene su correspondiente en el diccionario en la palabra «chato» que como es sabido en Chile se dice de la persona de porte pequeño, de estatura mezquina. El Duque de Rivas en el Romance X, pág. 387, del Moro Expósito y Juan Valera en *Pasarse de Listo*, cap. 16, emplean la palabra chato por ñato en Chile.

El poeta chileno don José A. Torres en la poesía epigramática *Para ella y para mí*, trae estos versos:

Cierto es que soy narigón
y hay muchos así felices:
Nadie ama con las narices
sino con el corazón.
Mas tú eres mi bien, ñatita;
lo que te hace más preciosa,
si a la mía se le quita
la tuya no necesita
para hacer igual la cosa.

Cabe aquí hacer una pregunta: ¿son o no chilenismos palabras que siendo comunes en sonidos, tanto para el diccionario académico como para el uso en Chile, pero que, sin embargo, difieren en el significado? Por ejemplo en la palabra «boche» tenemos un caso práctico. Aquí se le da en el sentido de «pelea» y en el diccionario figurando la misma palabra apocopada de bochinche, aparece con estos tres significados: carnicero, siendo por lo tanto «boche» un galicismo de «boucher»; el otro significado es de repulsa, desaire, y, por fin, hoyo pequeño y redondo semejante al que hacen los niños cuando juegan a los «tres hoyitos».

Fácil sería responder conciliadoramente a esta pregunta con lo que don José T. Medina dice en el prólogo de su obra «Chilenismos» (Apuntes lexicográficos): «No dudamos por un momento que para los iniciados en el conocimiento de nuestro vocabulario nacional, habrá en él mucho que falte y también mucho que sobre: es cuestión esta que depende *«del cristal con que se mire»*».

Parece que así también lo han entendido los escritores de chilenismos, pues, hay opiniones encontradas respecto a esta cuestión. Don Manuel A. Román en su Diccionario de Chilenismos tiende a uniformar con un sentido puritano las significaciones de las palabras comunes del idioma rechazando implícitamente con esto el matiz chileno que pudieran tener o dárselas a las palabras en estudio; igual criterio tiene Amunátegui Reyes, reflejado en sus dos obras «Mis Pasatiempos», y «Observaciones y enmiendas a un diccionario, aplicables también a otros». En esta última publicación páginas 64 y 65, se niega carta de ciudadanía a la palabra «boche», porque en su forma completa, bochinche, la han usado clásicos de la lengua como Pereda en la novela «Al primer vuelo», entre otros.

De aquí Amunátegui saca partido para decir que Ortúzar inserta en su Diccionario muchas voces que no siéndolo aparecen patentadas de chilenismos. El Dr. Lenz tampoco considera como chilenismos las palabras en cuestión, porque según su opinión son chilenismos todas las palabras que aunque usadas en otros países de la América española, no figuran en el diccionario de la Academia.

Contra estas opiniones podría citarse la de Medina quien estima que las peculiaridades del lenguaje chileno en cuanto a significación responden a una necesidad de vida racial.

A mi entender, las palabras que cambian aquí de significado son chilenismos, porque precisamente ellas

llevan esa modalidad, ese sello característico que les pone el alma nacional, unas veces de cierta picardía maliciosa, otras, como en el caso de la palabra «boche» un término adecuado para reflejar ese espíritu bélico, araucano, que es el distintivo inconfundible de nuestra raza fuerte y poderosa, como lo dijo Ercilla.

Superfluo sería continuar trayendo a cuestras muchas otras palabras que como la anterior constituyen un *casus belli* para los autores. Muy cuerda parece la observación que el Dr. Lenz hace en su «Diccionario Etimológico» censurando a los escritores que por hacer obra de crítica y puritana ahogan la savia chilena repartida en tantas palabras que por su diferencia de significado las estiman como malezas del lenguaje. Lenz dice así:

La mayor parte de los tratados sobre provincialismos de América no explican sino critican. Sus autores parten de la base de corregir el lenguaje de sus connacionales en conformidad con lo que creen «el castellano castizo». En la mayor parte de ellos prevalece la charla literaria y algunos de esos tratados son verdaderas caricaturas filológicas.

Pretender la pureza del lenguaje en el sentido que desean Román y Amunátegui, sacrificando aún nuestro propio dialecto, es un imposible. La variedad de los provincialismos, los distintos usos y costumbres de cada nación, la escasez de comunicaciones en tiempos de la colonia, la abundancia de iletrados, la carencia de los libros y otros factores que explican la formación de nuestros chilenismos no pueden desaparecer «así no más» y estériles son las protestas de los escritores que con frases enérgicas pretenden la uniformidad absoluta de la lengua española. Amunátegui Reyes dice en «Borriones gramaticales», página 20:

los chilenos tenemos la fama infame como diría Lope de Vega, de estar en pugna abierta con la pureza del lenguaje.

Es de advertir que esta última razón es uno de los motivos con que se trata de justificar la campaña purista a que se ha hecho referencia. Textualmente dice el autor recién citado en sus «Observaciones a un diccionario»:

Como no quiero que se nos tache injustamente de noveleros o corruptores del idioma, voy a llamar la atención, a medida que les llega su turno, sobre algunas de esas palabras malamente calificadas. Conviene defenderse de cargos infundados, sobre todo teniendo en cuenta que Chile no goza de muy buena fama en lo tocante a la pureza del lenguaje.

EN EL TERRENO DE LA REALIDAD

Más que las discusiones de los autores que muchas veces fabrican chilenismos en sus mesas de trabajo la observación en el terreno de la realidad nos dirá lo que son chilenismos. Medina en sus «Apuntes Lexicográficos» dice:

La configuración del territorio de Chile que se extiende por tantos y tantos grados de latitud, diferenciándolos climas y juntamente las ocupaciones de los que lo habitan, vienen a constituir de hecho tales variedades en el modo de expresarse y en las materias que llenan aquéllas, que tomadas aisladamente asumen el carácter de verdaderos provincialismos. Baste considerar que en la parte norte del país todo gira alrededor de la industria salitrera y por la inversa, en el extremo sur, los que habitan las islas del Archipiélago de Chiloé, sus actividades como decimos en Chile se desarrollan con la pesca, la navegación, la corta de madera y otras ajenas a las del resto del país.

Las peculiaridades del lenguaje chileno tienen por base dos fuentes de muy diversa índole. En primer término, las voces de origen indígena, ya sean de procedencia quichua, aimará, y en mucho mayor abundancia del araucano. En segundo término, forman su acervo voces propiamente españolas, ya por algunas que continúan aquí en uso y que aparecen del todo olvidadas en la Península—circunstancia no difícil de explicar cuando se sabe el aislamiento en que esta apartada colonia vivió durante siglos del resto del mundo, encerrada entre el mar y la cordillera de los Andes, ya por la formación de vocablos que

responden a las necesidades de su pueblo en el trabajo del campo, en sus trajes, y, en su modo habitual de pasar la vida, constituyendo de ese modo particularidades que le son propias y que se manifiestan en su idioma.

«*Voces usadas en la industria salitrera*»

Chupe—(Comida).

Cateo—(exploración minera).

Guagua—(martillo chico que se usa en la barrenadura mecánica, por medio del aire comprimido).

Sopaipilla—(el acarreo de caliche).

Yapa—(caliche nuevo y de alta ley).

Mata sapos (los niños que deshacen los terrones y rompen las cristalizaciones que estorban la ensacadura del salitre).

Fonda—(casa de huéspedes, pero no la casa de remolienda que es llamada así en el resto del país).

Chalala—(alpargata).

Cota—(chaquetón de sacos harineros, abrochado en los hombros y usado por los pampinos).

Camal—(matadero).

Achillarse—(apurarse, moverse rápidamente).

Arrelingarse—(acicalarse) (1).

Es curioso observar lo que sucede, tanto en el norte como en el sur, en cuanto a la formación de nuevos chilenismos a base de palabras extranjeras. En el norte, por ejemplo, se dice «jaibón» por lo que aquí entienden «palo grueso». Jaibón no tiene que ver nada con una jaiba grande como pudiera creerse, sino que esta palabra se formó de «high y born» y como nuestro pueblo tiene un sentido muy desarrollado para dar plasticidad a las cosas, inventó el término jaibón. Otro caso bastante ingenioso es el que tiene la palabra «lejera»; se llama así a la persona que

(1) Aníbal Echeverría Reyes. — «*Voces usadas en la industria salitrera*».—1929.

desde lejos se ve bien y de cerca es un adefesio o un mamarracho. La idea de distancia está perfectamente expresada en el término netamente chileno «lejera».

En el norte usan también la palabra «Huaipe» con el significado de trapo para limpiar máquinas o herramientas. Esta palabra se ha formado del verbo «to wipe». Siendo el inglés el idioma dominante en el norte, zona casi totalmente industrial, no es raro que la nueva dotación de chilenismos esté influenciada por aquel idioma.

Otro tanto ocurre en el sur con la lengua alemana.

Como referencia diré que entre los escritores costumbristas que dan a conocer ese ambiente de zona que tiene el lenguaje nortino, figura Jotabeche con sus artículos periodísticos «Un chasco», «El provinciano en Santiago», «Jotabeche de visita», etc. El lenguaje popular del norte podemos leerlo en el periódico de Antofagasta «El pollo Tejada», que ya no se publica.

El libro que nos da a conocer algunas particularidades del idioma en la región austral, es el de don Francisco Cavada, sacerdote, en cuya obra el Dr. Lenz encontró mucha miga para escribir su Diccionario Etimológico.

Hablando con más precisión, el libro del señor Cavada se refiere, como su título lo dice, a la región de Chiloé. La obra completa en lo que atañe a la región austral, ya que se habla de ella, es el Diccionario Etimológico. Con el respeto que es preciso guardar al viejo maestro Dr. Lenz quien con sus numerosas obras trae el recuerdo de aquel otro maestro que pinta Rodó en «Ariel», he podido ver que a muchas palabras consultadas en el Diccionario en referencia, podrían agregarse las distintas significaciones que se les da en las provincias del Norte y que no aparecen mencionadas por la falta de convivencia en aquellas

regiones, pues, creo, que el medio más eficaz para hacer un estudio completo y real de nuestro lenguaje es, ante todo vivirlo.

A manera de muestrario de las voces chilenas derivadas de lenguas indígenas americanas y aun de África y Oceanía, entresacamos unas pocas de las 1,657 palabras que estudia el Dr. Lenz en su *Diccionario Etimológico*».

Palabras quechuas o quichuas

añañuca, flor roja de los campos parecida al copihue. Es flor nortina.

cacharpas, prendas de poco valor.

cancho, propina por un pequeño servicio.

caracha, sarna.

copao, fruto de una clase de quiscos.

coronta, corazón de la mazorca de maíz o choclo desgranado.

coto, enfermedad, papera, hipertrofia de la glándula tiroidea.

curco, jorobado.

cheuto, el que tiene el labio superior partido.

chingana, taberna de gente baja.

chingarse, fracasar.

locro, guiso popular.

nana, lastimadura insignificante de los niños chicos.

pique, piojo blanco. Existe también el giro «ponerle pique», ponerle empeño, entusiasmo y hasta un poco de picardía a lo que se dice.

Palabras mapuches

canco, botija en forma de cono truncado. En el norte tiene el sentido de «muslo».

concho, residuos de las fiestas sobre todo de comestibles.

contri, molleja de las aves.

copucha, vejiga de buey o cordero.

charquicán, guiso de charqui.

ñongo, tonto, perezoso.

Voces indígenas no americanas, naturalmente no son tan abundantes como las que son propiamente americanas, sin embargo, no son escasas.

Para nuestro caso valga literalmente lo del adagio: un botón para muestra: *canaca*, palabra de Oceanía que con un sentido despectivo se aplica a los chinos de burdeles o restaurant de mala clase; *macurca*, del aimará y significa, dolor, muscular; *mandinga*, palabra africana que significa negro y en el pueblo es corriente aplicar esta palabra al diablo o demonio.

Tal vez no sea del todo inútil una digresión. En la enumeración de palabras he creído que bastarían sólo unas pocas que sugieran una especie de ambiente de la materia que se trata comprobar con ellas; un recargo de enumeración se me imagina una tienda de turco recargada de mercaderías en realización.

No emplean un mismo lenguaje, dice Echeverría y Reyes en «Voces usadas en Chile», página 24, todos los individuos que hablan un idioma común: no habla lo mismo el labriego que el individuo de sociedad, ni expresa de igual manera sus ideas el hombre que ha recibido escasa instrucción que el que la ha recibido sólida y completa. Por esto, al hablar de chilenismos o particularidades, de nuestro lenguaje, tenemos que distinguir aquellos que podríamos llamar chilenismos cultos y que usa corrientemente en la escritura y en la conversación la gente educada de aquellos que debemos llamar «vulgarismos», porque son propios del bajo pueblo. Otra categoría de chilenismos la constituyen las ultra-correcciones y que comprenden las voces que emplean las personas medio instruídas que forman la clase social conocida con el nombre de gente de medio o tercio-pelo. Los individuos de esta clase pretendiendo alejarse del lenguaje del bajo pueblo imitan el de la clase culta, pero, como no tienen instrucción suficiente la imitan mal.

De los chilenismos de zonas geográficas, pasamos a los chilenismos de clases sociales, culta y popular.

Al decir clase social culta no se quiere expresar el lenguaje que habla la gente de sangre azul o aristócrata sino el que emplea todo el conglomerado social educado. En este sentido entran, por lo tanto, profesionales, industriales, periodistas, estudiantes y comerciantes. En cada uno de estos grupos de la vida social hay un mundo de palabras, giros, locuciones y frases que son característicamente chilenas. La prensa, por ejemplo, tiene términos que se consideran como oficiales en el deporte: *gualetear* (golpear con brazo abierto); *coletto*, *combo* o *chopazo*; *puntete*, golpear la pelota con la punta del pie; *estar mote*, estar aturdido; *pegar en la estantería*, pegar en la cara; *puntear*, boxear marcando puntos desde larga distancia; *embalar*, en ciclismo significa correr a toda velocidad; *barra*, público que hace claqué; *chancacazo*, golpe fuerte; *cachaña*, en el juego de pelota, significa enredar, sacar lance al adversario.

Pero, donde realmente viven los chilenismos, donde tienen su mayor fuerza, donde se encuentran con ese sabor criollo, libre de los artificios, que crea el lenguaje el refinamiento de la vida actual, es en la clase popular, en la masa anónima que constituye la gente del bajo pueblo. La jerga popular, rica en barbarismos fonéticos, nos hace imaginar encontrarnos en medio de inquilinos de fundos o entre los trabajadores de aldea para quienes la corrección del lenguaje es una ociosidad de la vida humana.

Deo (*dedo*); *na* (*nada*); *almuá* (*almohada*); *aijua* (*aguja*); *quer* (*caer*); *requeida* (*recaída*); *jutre* (*futre*); *aijuna* (*una interjección*); *pei* (*país*); *permisio* (*permiso*); e infinitos más.

En las fiestas de familia, en la celebración del onomástico de alguien de la casa, abundan los «*cogollos*» piropos con que el cantor remata las tonadas.

Que viva misiá Juanita
cogollito de limón
candadito de mi pecho
llave de otro corazón.

Don Antonio Orrego Barros en su obra «La Marejá» que nos hace disfrutar de cuadros folklóricos admirables, en páginas 52 y 53, dice:

Doña Luisa interroga a ña Prudencia por su salud quien dice:

Ya me ve muy mal
que me dió un aire ayer tarde
que d'este ojo no veo ná
tengo las piernas de llullo
qui andan pa ilante y pa trá,
una punzá en los sentíos
y otra punzá por acá (señalando el costado)
y una tos que no me eja.
ya casi ni respirar.

Sí stoy muy mal, muy enferma
güena ya pal ospital.

Ña Prudencia sacando la suerte:

Salió el caballo d'espá.....
pronto vais a hacer un viaje
con toa feliciá
y por unas cuestras verdes
que están pegá a un volcán
va a aparecerte el diablo
la Virgen te va a librar.

Luciano el sorteado dice:

Santa mairecita, éjele ñora!
No me iga más,
me li ha puesto la carne e gallina
sólo del pensar.

En el periódico «El pollo Tejada» editado en Antofagasta se refiere el siguiente relato de un sobreviviente de la *Esmeralda*:

Tábamos recién sentándolos pal rancho cuando oímos al pincho Zoilo que se descolgaba pol el portalón gritando como un condenao: ¡El Guascar, El Guascar! La remolina jué paire; toítos los levantamos pa salir disparaos a cubierta. Nuera mieo; la pura curiosía no más. Era que noabíamos visto nunca al tal mentao «Menitor». En l'escala arriba nos topamos con mi teniente Oribe. ¡Por diosito que venía enojao mi teniente! A toito pulmón nos mandó que los golviéramos pal rancho y como si ná pasara pidió el charqui y se sentó a comer con nosotros. Es pues nos hicieron formar a todos los niños sobre cubierta; cuando estábamos con toda la oficialiá daba gusto ver a mi capitán Pra tan engallao y vestido de pará. Al poquito rato los cholos dieron el primer guaracazo; un güen rato anduvimos pallá y pacá. El Menitor no hacía más que gomitarnos andaná tras andaná y de la costa nos seguía fusilando por la epalda a bala y cañonazo. Nootro contestábamos como poíamos; pa más recacha, la máquina de la «Vieja» andaba má patrá que pai-lante que si no hubiera sio esa fataliá más diuna les habría jugao a los cholos mi capitán quera harto baquiano pá la niáutica.

Es interesante conocer el lenguaje convencional que usan los delincuentes y del cual nos da noticias don Julio Vicuña Cifuentes en su obra «Coa o Jerga de los delincuentes chilenos». Las jergas se refieren más a alteraciones en la significación usual de las palabras que a la formación e introducción de nuevos vocablos.

Andar con reló (andar con grilletes).

Aguantarse en las vigas (negar obstinadamente).

Doña María Ibarra (cepo, del chilenismo barra).

Guagua (maleta de mano, por la facilidad de traslado como los niños).

Acordión (camisa).

Camarón negro (ladrón de carbón de piedra).

Canario (reloj de oro).

Dar betún (herir).

Dorado a fuego (tonto).

Muca (síncopa de música).

Chale (apócope de chaleco).

Echar al hombro (asesinar).

Se lo llevó el coche largo (se lo llevó el río).

La complejidad de la vida actual que repercute también en el lenguaje, ha dado origen a multitud de chilenismos en todo orden de actividades. Estas novedades de nuestro idioma popular sólo se conocen viviéndolas, porque muy poco o nada se ha escrito aun de ellas. De chilenismos hay mucho escrito, pero de épocas ya pasadas y muy lejanas y en todos los autores se observa un mutuo préstamo de estas modalidades del lenguaje español; se conoce que la mayor parte de ellos no han palpado, por decirlo así, lo que escriben; de ahí la frecuente repetición en que se incurre.

BIBLIOGRAFIA

- I.—ZOROBABEL RODRÍGUEZ: *Diccionario de Chilenismos*. Edición 1875.
- II.—CAMILO ORTÚZAR: *Diccionario Manual de locuciones viciosas y de correcciones de lenguaje*. Ed. 1893.
- III.—ANÍBAL ECHEVERRÍA Y REYES: *Voces usadas en Chile*. Edic. 1900.
- IV.—MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI REYES: *Mis Pasatiempos*. Edición 1905.
- V.—MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI REYES: *En la puerta de la Iglesia*.
- VI.—MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI REYES: *Observaciones y enmiendas a un Diccionario, aplicables también a otros*, Edición 1924.
- VII.—MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI REYES: *Borriones gramaticales*, 1894.
- VIII.—JULIO VICUÑA CIFUENTES: *Coa, jerga de los delincuentes chilenos*, Edición 1910.
- IX.—JOSÉ TORIBIO MEDINA: *Nuevos chilenismos*, 1927.
- X.—JOSÉ TORIBIO MEDINA: *Voces de los reinos animal y vegetal*, 1917.
- XI.—JOSÉ TORIBIO MEDINA: *Chilenismos*. Apuntes Lexicográficos. 1928
- XII.—JOSÉ TORIBIO MEDINA: *Voces chilenas y chilenismos*, 1925.
- XIII.—FRANCISCO CAVADA: *J. Chiloé y los Chilotes*, 1914.
- XIV.—RODOLFO LENZ: *Diccionario Etimológico de las voces chilenas derivadas de lenguas indígenas americanas*.
- XV.—MANUEL ANTONIO ROMÁN: *Diccionario de Chilenismos*.
- XVI.—ANTONIO ORREGO BARROS: *La Marejá*, 1910.
- XVII.—ALBERTO BLEST GANA: *Durante la Reconquista*.
- XVIII.—ANÍBAL ECHEVERRÍA Y REYES: *Voces usadas en la industria salitrera*, 1929.